

Tercera Lección Magistral:

“Multiculturalidad, educación internacional y desarrollo”

SR. PIERO SPAGNOLI

Buenas tardes a todos. Es un honor participar con ustedes en estas jornadas tan importantes en las que se ha hablado de globalización, de paz, de desarrollo, de multiculturalismo. Antes de dar comienzo a mi conferencia hoy en esta casa, me parece lo más apropiado rendir homenaje a Annalena Tonelli, la misionera voluntaria italiana asesinada en Somalia. Annalena vivía desde hacía más de 30 años en Borama, en el norte del país, donde había fundado un hospedaje con 200 camas especializado en el tratamiento de la tuberculosis. Por su trabajo y dedicación a la población local había recibido el Nansen Refugee Award, el más alto reconocimiento que otorga la ONU a quienes trabajan con refugiados. Ella es, junto a tantos otros voluntarios y misioneros que desde hace tanto tiempo vienen trabajando y a veces dejándose la vida por las cuatro esquinas del mundo, uno de esos ejemplos paradigmáticos de multiculturalismo y compromiso social.

Hoy, Occidente y el resto del mundo se encuentran una vez más pero ya no el uno como conquistador y los otros como colonizados, ya no el uno como explotador y los otros como vencidos sino como dos formas de identidad cultural en busca de sí mismas. Definir qué es o dónde está Occidente, precisar donde empieza y donde termina, es imposible; igualmente no se puede ya hablar de Tercer Mundo y de países lejanos y exóticos. El imaginario de la gente, sin embargo, cambia a paso mucho más lento y es mucho más complejo, por lo que no basta un espíritu globalizador, no basta el esfuerzo de tantos organismos de gobierno y de tantos misioneros y hombres y mujeres de paz para mejorar las condiciones materiales y las relaciones entre mundos culturales a menudo tan diferentes y tan problemáticamente confrontados. Los otros continentes están aprendiendo a vivir por sí mismos con su historia, con sus problemas y con sus riquezas. Aunque el colonialismo afortunadamente ya terminó, los procesos históricos de la descolonización y la independencia han dejado al descubierto ante los ojos de todos el gran genocidio cultural, que estos países han sufrido por causa de transformaciones económicas y políticas traumáticas y en ocasiones trágicas. Quizá pueda encontrarse un mensaje de esperanza en los territorios de ese mundo cultural que sobrevive aún pese a tantas vicisitudes, a pesar de los intentos de integración que estos hombres y mujeres, generalmente de un color distinto, se ven forzados a afrontar diariamente, intentos que Occidente apoya más o menos conscientemente.

Es necesario construir un futuro que haga frente al reto de la globalización sumando las fuerzas de las instituciones, la política, la clase empresarial, las universidades. Para alcanzar este objetivo es necesario emprender actuaciones de inmediato en dos cuestiones estratégicas para construir el modelo de futuro: el programa de desarrollo regional y el estatuto regional. Estas dos citas fundamentales con el futuro deben realizarse teniendo en cuenta los valores de la región en el ámbito nacional con una visión de conjunto. Hay que pensar siempre más en la dimensión económica e invertir en

la formación de los jóvenes, puesto que ellos serán finalmente el motor de desarrollo e intercambio. Una formación de alto nivel permitirá pensar no sólo en realizar inversiones en los países en vías de desarrollo sino en establecer relaciones culturales sólidas con dichos países. Los vínculos entre el mundo universitario, cuya producción en investigación es a todas luces insuficiente, y el mundo empresarial son escasos. Por lo tanto se debería privilegiar el establecimiento de relaciones que comporten, entre otras cosas, la posibilidad para los jóvenes universitarios de realizar prácticas en las empresas, porque éstas son hoy por hoy el único mecanismo que tiene la empresa de integrar cualificación y profesionalización.

Una etapa necesaria, en otra dimensión, por la que será necesario pasar es la ratificación de la Carta de los Derechos Fundamentales de los Ciudadanos de la Unión Mundial, considerada un paso adelante en el camino de la posible utopía de la unión política de todos los pueblos y naciones con respeto a su dignidad. De aquí surge también una llamada a un mayor compromiso por parte del mundo del trabajo, enfrentado a los cambios de la globalización. En ese sentido las actividades formativas deben estar dirigidas a apoyar y desarrollar el trabajo autónomo y el espíritu empresarial como factores fundamentales del recurso humano, así como a favorecer la presencia de la mujer en el mundo del trabajo. Debemos caminar hacia un mundo que respete la multiculturalidad en el terreno del conocimiento y de la ciencia, abierto al contexto global y a todos los ciudadanos del planeta. Un mundo que no necesita una cultura dominante, ya que ésta no resolvería los problemas sino, al contrario, no haría otra cosa más que agravarlos. Por lo tanto es necesario ocuparse de la juventud con esfuerzos redoblados por parte de todos para abrir el mundo a las nuevas generaciones. Una vía para conseguir esto es a través de la inclusión en los planes de estudio escolares y universitarios de cursos que den la oportunidad a los jóvenes de estudiar las grandes culturas del mundo.

Multiculturalidad e interculturalidad. El proyecto se propone presentar los valores fundamentales de la historia mundial y local, proyectándose hacia otras culturas y estimulando la reflexión sobre las transformaciones y las problemáticas de nuestro tiempo. Conocer la historia, comprender el presente, diseñar el futuro. Los cursos que desarrollan este proyecto tienen un contenido multicultural. El proyecto multiculturalidad quiere dar seguimiento a una educación multicultural e internacional que permita a todos los pueblos y todos los grupos humanos, sea cual sea su composición y su origen étnico, contribuir al progreso de la civilización y de las culturas que en virtud de su pluralidad, pero también de su recíproca interpenetración, constituyen el patrimonio común de la humanidad. El proceso de descolonización y otros cambios históricos han conducido a la mayoría de los pueblos anteriormente dominados a recuperar su soberanía, haciendo así de la comunidad internacional un conjunto al mismo tiempo universal y diversificado en el que se hace necesario reconocer el derecho de todos los grupos humanos a la identidad cultural y al desarrollo de sus propios proyectos de vida en el marco de la estructura político-legal nacional e internacional.

Entre todos los procesos actualmente en marcha, o que se deberán proponer en el futuro, cabe destacar un proyecto destinado a situarse en el centro de la estrategia multicultural. Cuando hablamos de multiculturalismo

tenemos que hilar fino y que considerar numerosos factores que articulan diferencias culturales incluso al interior de cada sociedad, de la nuestra misma: la religión, la dimensión profesional, la institucional, las identidades asumidas voluntaria y conscientemente por los individuos, las convicciones políticas, etc. Si esta propia diversidad interna no se contempla y no se gestiona bajo la óptica de la interculturalidad, es muy dudoso que consigamos implantar esa visión en nuestra relación con los grupos inmigrantes. El fenómeno migratorio constituye un desafío a la práctica de la interculturalidad, una situación de cohabitación directa con otras culturas, que nos debe estimular a la reflexión sobre el mismo sentido de la interculturalidad y la educación intercultural.

Caminamos juntos para construir la paz. En un mundo en el que las desigualdades, la marginación, el racismo, la riqueza injustamente distribuida, la pobreza, los enfrentamientos étnicos y religiosos son elementos presentes en casi todas las sociedades.

Si simplemente consiguiéramos poner en comunicación armónica el racimo de relaciones multiculturales presente en las relaciones intergeneracionales - jóvenes, adultos, ancianos - de nuestra propia sociedad tendríamos ya una primera fórmula ganadora para emprender el camino de la paz, en una unión no solamente material sino también espiritual. Pasado, presente y futuro son los elementos indispensables sin los cuales la vida no conseguirá desarrollarse y salir del túnel oscuro del olvido y de la ignorancia. Demasiadas las situaciones multiculturales pero sólo una realmente fundamental, que las resume a todas: la cultura de la paz. La cultura de la paz es realmente la única que conseguirá unir a todos los pueblos del mundo. Demasiadas veces hemos visto la dificultad que presentan las distintas generaciones, privadas de los instrumentos necesarios, para convivir armónicamente y construir y proyectar juntos situaciones de pacífico bienestar que puedan conducir a la realización de un mundo mejor.

Hoy, las situaciones multiculturales que atraviesan fronteras, instalándose en todas las sociedades de nuestro planeta, haciendo siempre más real la idea de la globalización, tienen la importantísima tarea de convertirse en elemento predominante de un proyecto mundial de investigación y formación multidisciplinar que tiene por objetivo final la superación, a través de la paz entre los pueblos, de todas las diferencias que todavía hoy obstaculizan la posibilidad de una coexistencia pacífica.

En un mundo multicultural muchas son todavía hoy las problemáticas sin resolver. Problemáticas ligadas a cuestiones sociales, culturales, religiosas, políticas y económicas. Es necesaria una reestructuración, un cambio radical para construir un mundo nuevo, basado en la solidaridad. De ahí la importancia de establecer criterios para la reflexión, para la discusión, que permitan pensar en nuevas alternativas que conviertan la educación para la paz en una realidad y no en un sueño. Pensar que la multiculturalidad es una obligación concreta de todos en nuestro viaje hacia el desarrollo mundial, en nuestra búsqueda de la construcción de la paz, de los derechos del individuo y del respeto mutuo entre las diferentes culturas. Para alcanzar esa cultura mundial de la paz es necesario que los pueblos del mundo converjan hacia una educación que valore la diversidad cultural y, al mismo tiempo, promueva el concepto de interculturalidad.

Hoy está en marcha un proceso de integración total que seguramente conducirá a la superación de las divergencias éticas, étnico-religiosas y culturales en las generaciones futuras pero que en el momento presente tiene la obligación de hacer respetar la diversidad y la multiculturalidad.

Hoy, reitero, el valor de la tolerancia debe ser la luz que nos guíe a cada uno de nosotros en cada una de nuestras acciones.

En esta casa damos por descontado que los problemas ligados al racismo están superados. Pero desgraciadamente en el mundo esto no es absoluto así. Existen todavía grandes bolsas de intolerancia, de violencia y de odio racial, por ejemplo, en Francia y Alemania, en Sudáfrica con el apartheid, en los Estados Unidos.

Para describir las formas elementales del racismo y analizar los fenómenos de intolerancia que se manifiestan al interior de una sociedad multicultural y multiétnica, es necesario examinar las características fundamentales de estos comportamientos sociales y considerar, en primer lugar, con qué lógicas y a que niveles se presenta el racismo.

Sobre todo es importante distinguir entre dos lógicas diferentes por medio de las cuales opera la discriminación racial: la primera, que definimos como "lógica diferenciadora", tiende a afirmar la dominación y la pureza de una raza superior sobre las demás, haciendo imposible cualquier tentativa de convivencia y conduciendo a fenómenos de segregación, limpieza étnica y exterminio; la segunda, llamada "lógica de igualdad", distingue entre raza y cultura, siendo esta última y no la primera la que se considera inferior, y conduce a casos de explotación y discriminación.

Todo esto nos induce a analizar los distintos niveles del racismo y de la violencia ligada al mismo. En algunos momentos históricos o lugares el racismo ha sido débil y sería más preciso hablar de xenofobia; en otros ha sido tan fuerte que ha conseguido incluso moldear las estructuras políticas y sociales. Ligado al racismo está el fenómeno del prejuicio. Muy a menudo éste nace en estrecha relación con el dominio o los privilegios que un grupo ejerce sobre otro, para racionalizar y justificar dicha dominación por medio de la asignación de determinadas características ficticias al grupo sometido. Por otro lado, el prejuicio puede también aparecer como respuesta a una situación de crisis y a una sensación de amenaza generada en el contacto con otros grupos étnicos.

Consideremos finalmente las dos manifestaciones principales del racismo: segregación y discriminación. La segregación mantiene a distancia al grupo objeto de intolerancia racial, lo confina en espacios definidos y le impide salir de ellos. Se presenta con distintos niveles de intensidad, siempre en forma de separación espacial y de exclusión de la sociedad. La discriminación en cambio tiende a imponer un tratamiento diferente e inferior al grupo discriminado, que sin embargo no es expulsado fuera de la sociedad sino mantenido en su seno para convertirlo en objeto de explotación.

En realidad, segregación y discriminación muchas veces se dan al mismo tiempo, como en el caso del apartheid en Sudáfrica, país que hoy representa un ejemplo concreto de victoria sobre el racismo y una esperanza para el mundo entero.

Pero volvamos al tema de la paz. La Asamblea General de las Naciones Unidas, después de haber declarado el año 2000 "Año internacional de la

cultura de la Paz”, adoptó ese mismo otoño una nueva resolución, propuesta por Bangladesh, que promueve el “Decenio Internacional para la promoción de una cultura de la no violencia y de la paz a favor de los niños, 2001-2010”. Con dicha resolución todas las instituciones de las Naciones Unidas con competencias en la materia, entre las cuales está la UNESCO, han sido invitadas a promover procesos de instrucción a todos los niveles, sean formales o informales, que eduquen a los jóvenes en los principios de la paz y la no violencia.

Este encuentro debe representar un nuevo punto de partida, la ocasión para cambiar juntos la cultura de la guerra y la violencia por la de la paz. Una transformación como ésta exige la participación de cada uno de nosotros, debe ofrecer un ejemplo válido a los ciudadanos de todas las edades, con particular énfasis en las generaciones futuras, para ayudarles a construir un mundo más justo, más solidario, más libre y próspero para todos. La cultura de la paz hará posible el desarrollo sostenible, la protección del medio ambiente y la valorización del ser humano. Todos tendremos que asumir el compromiso de respetar la vida y la dignidad de cada ser humano sin discriminación ni prejuicio. Digo no a la violencia y pido un deseo: que un día no muy lejano desaparezca toda injusticia, toda opresión política y económica.

Hemos sido todos llamados a defender la libertad de expresión y la diversidad cultural, privilegiando siempre el diálogo sin ceder al fanatismo y al rechazo del otro.

Poco más de medio siglo ha transcurrido desde que se creó la UNESCO con la misión de inculcar en el espíritu de los hombres la defensa de la paz. Sus padres fundadores la dotaron para este fin de un arsenal pacífico, cuyos pilares son la educación, la ciencia, la cultura y la comunicación.

Municipios, instituciones educativas y asociaciones civiles de todo el mundo traducen ya en acciones concretas la cultura de la paz e intentan erradicar la pobreza y atenuar las desigualdades trabajando para promocionar el desarrollo sostenible y el respeto a los derechos humanos, reforzando las instituciones democráticas, defendiendo la libertad de expresión, mejorando las condiciones de las mujeres en la sociedad y salvaguardando el medio ambiente y la diversidad cultural.

No se puede garantizar la paz únicamente por medio de acuerdos políticos, económicos y militares: la paz depende en gran medida de la adhesión unánime, sincera y duradera de los pueblos a los valores pacíficos.

Dirigir este mundo por el camino de la paz es por lo tanto tarea nuestra, sea cual sea nuestra edad, nuestro sexo, nuestra posición social, nuestro origen cultural. La cultura de la paz es la cultura universal que todos los pueblos, que todos los seres humanos, deben compartir para dar un sentido a nuestra pertenencia común al género humano.

Actualmente vivimos una época marcada por numerosas violaciones de los principios de la democracia, en la que la distancia entre países ricos y pobres se ensancha cada vez más, con una velocidad alarmante. El crecimiento demográfico incontrolado en ciertas latitudes, el analfabetismo, fenómeno muy preocupante en muchas naciones, las situaciones de desigualdad que sufren las minorías, son todos ellos factores que no hacen más que agravar esta situación.

Vivimos, por tanto, en una época caracterizada por una escalada bélica, de los conflictos y las tensiones violentas. Observamos impotentes el drama que sacude a ciertos países del entorno mediterráneo: en el vecino Medio Oriente el proceso de paz está agonizando. En otras latitudes, frente a la globalización y al riesgo de perder la identidad y la diversidad cultural muchas personas, grupos, naciones, se repliegan sobre sí mismos adoptando comportamientos totalitarios que conducen después a diversos tipos de violencia e intolerancia. Nuestra sociedad, hasta el día de hoy, ha privilegiado el desarrollo material sacrificando los valores morales y espirituales.

Es necesario un esfuerzo creativo común para dar un sentido nuevo a los valores, fundar una nueva ética y encontrar nuevas formas de vida privada y pública, nuevas costumbres y comportamientos que orienten a la sociedad hacia la paz.

Tenemos ante nosotros la tarea de establecer unas reglas del juego apropiadas y de alcance universal, reglas fundadas esencialmente en la solidaridad, que apunten al objetivo de alcanzar el bienestar humano, sobre el respeto de las libertades individuales y colectivas, sobre el reconocimiento y el respeto a la diversidad cultural y al patrimonio cultural de la humanidad.

Sería, por otra parte, importante asegurar la comunicación y el diálogo entre las personas y las culturas, privilegiar el diálogo intercultural. Todo esto con el objetivo de obtener un mundo estable y en paz, un mundo para todos.

Cada uno de nosotros está convocado a realizar un proyecto destinado a la puesta en marcha de actividades de formación y de intercambio de información sobre cuestiones relacionadas con los derechos humanos, el racismo y la xenofobia, garantizando al mismo tiempo el respeto a la diversidad y al pluralismo.

Consideramos todo esto un medio eficaz para forjar un nuevo tipo de hombre, sensible al diálogo intercultural y capaz de ofrecer respuestas idóneas a la globalización.

Teniendo como punto de partida la convicción de que es en el espíritu de los hombres donde nacen las ideas, es en este nivel en el que es más necesario intervenir. Las posibilidades de éxito se maximizarán si formamos espíritus abiertos, predispuestos a la tolerancia y al respeto del derecho a la diversidad, receptivos a los valores de la paz. Educar en la paz requiere la realización de un proceso de formación basado en prácticas escolares, familiares y sociales. Es a través de la acción coordinada de diversas instituciones que conseguiremos enraizar estos valores profundamente en cada individuo y hacer que se traduzcan en conductas cotidianas. La acción educativa no debe, sin embargo, limitarse a la escuela, sino que también la sociedad y la familia deben contribuir a educar de forma continua a la persona, enseñándole a acoger al otro y a comprenderlo, a vivir en armonía con él.

Las investigaciones desarrolladas hasta la fecha han demostrado que la educación para la paz se debe implantar en forma de proceso educativo global, continuo y permanente, orientado hacia y por todos los componentes de la sociedad.

La plena participación de los ciudadanos en la sociedad civil – ONG's de mujeres y de jóvenes- representa una contribución esencial para llevar a cabo esta acción educadora.

En una época en la que la información y la comunicación ocupan una posición de creciente influencia en la sociedad, los medios de comunicación de masas pueden desempeñar un papel importantísimo: deben denunciar y combatir ideas y comportamientos hostiles a la cultura de la paz, así como contribuir a la formación de una conciencia cívica imprescindible para difusión de estos valores.

Todo lo dicho hasta ahora requiere un esfuerzo compartido, una estrategia común y la puesta en marcha de mecanismos adecuados y de programas específicos basados en la cultura de la paz. El Mediterráneo podría constituir, en este sentido, una especie de "gran laboratorio de los años 2000" con la mira puesta en convertir nuestro Mare Nostrum en un verdadero "lago de paz y seguridad".

Promover, a través de la educación, una cultura de paz que privilegie los valores de intercambio, de diálogo, de solidaridad, de cooperación, nos ayudará sin duda a aprender a vivir juntos y escuchando a los otros. Armados de nuevos valores espirituales y de un nuevo potencial ético contribuyamos a forjar un mundo más armónico en el cual reine la concordia universal y elaboremos nuevas utopías que nos permitan aventurarnos por las sendas de un futuro mejor.

En ese sentido es de fundamental importancia, sin duda, introducir programas culturales en el trabajo para gestionar las confrontaciones entre las distintas generaciones y para formar mentalmente personas leales a la "misión de paz". Y utilizo la palabra "misión" porque se trata realmente de volvernos verdaderos "misioneros" y difundir la palabra de la paz, palabra que existe en todas las culturas pero que, en la práctica, poco o nada se hace materialmente en ninguna de ellas para educar a los jóvenes y a los menos jóvenes en su verdadero y profundo significado. El gran objetivo sigue siendo, por tanto, el de construir un mundo sin guerra, sin diferencias tan marcadas y principalmente un mundo en el que los recursos estén distribuidos equitativamente. Seminarios, debates, convenciones en todo el mundo se ocupan ya en parte de la cuestión de la paz.

Pero quizá sea más significativo y efectivo realizar eventos mediáticos con la participación de personajes famosos del mundo del deporte, de la cultura, de la música o del cine. Un proyecto quizá visionario podría ser el de cambiar la percepción que la gente tiene sobre la sociedad por medio de musicales y películas que pusieran el énfasis no en los hechos negativos de esta vida nuestra sino en los aspectos positivos que converjan para hacer realidad una verdadera "cultura de la paz".

La visión que nos anima, y que esperamos ver realizada un día, es un gran proyecto a nivel mundial que pueda finalmente conducir a la unión entre las distintas generaciones. Soñamos con una larguísima cadena humana capaz de unir a todos los pueblos de la Tierra en un abrazo virtual que nos guíe hasta ese arco iris de la paz que sea capaz de generar desarrollo para todas las generaciones y posibilidades de vida mejores para todos aquellos a los que hoy les son negadas.

Quiero, en el día de hoy, dejar patente mi más sincero agradecimiento a UNATE y a la FIAPAM, organizaciones cuyos fines son precisamente los de promoción del asociacionismo cultural de las personas ancianas. Nuestros

objetivos deberían ser los mismos preconizados por la FIAPAM, entidad que asegura a los ancianos una participación plena en la sociedad, defendiendo sus intereses morales y materiales, desarrolla la colaboración entre diferentes países, contribuye al mantenimiento de la paz y promueve estudios en el campo de la gerontología y programas de educación permanente.

Me gustaría concluir mi intervención citando el artículo 1 de la "Declaración para una cultura de la paz" adoptada el 13 de septiembre de 1999 por la Asamblea General de las Naciones Unidas. Dice el artículo 1: "Una cultura de paz es un conjunto de valores, actitudes, tradiciones y modos de comportamiento y sistemas de vida basados en:

- a) El respeto a la vida, el rechazo a la violencia y la promoción y la práctica de la no violencia a través de la educación, el diálogo y la cooperación;
- b) El pleno respeto a los principios de soberanía, integridad territorial e independencia política de los Estados y la no intervención en aquellas cuestiones que competen al ámbito de la jurisdicción nacional de un Estado, en conformidad con lo previsto por el Estatuto de las Naciones Unidas y por el derecho internacional;
- c) El pleno respeto de todos los derechos humanos y todas las libertades fundamentales;
- d) El esfuerzo a favor de una solución pacífica de los conflictos;
- e) Los esfuerzos para satisfacer las exigencias inherentes al desarrollo y al medio ambiente de las generaciones presentes y futuras;
- f) El respeto y la promoción del derecho al desarrollo;
- g) El respeto y la promoción de la igualdad de derechos y oportunidades para mujeres y hombres;
- h) El respeto y la promoción de los derechos de cada individuo a la libertad de expresión, de opinión y de información;
- i) La adhesión a los principios de libertad, justicia, democracia, tolerancia, solidaridad, cooperación, pluralismo, diversidad cultural, diálogo y comprensión a todos los niveles de la sociedad y entre las naciones; y sostenida por un ambiente nacional e internacional favorable y orientado a la paz.

En una época de grandes transformaciones por las que atraviesa este mundo nuestro complejo, multicultural, multiétnico, multireligioso, en el que se redescubren las raíces compuestas y cosmopolitas de la realidad mundial, es necesario poner a disposición de los jóvenes algunos datos, documentos, reflexiones sobre temas históricos, culturales y sociales. En la sociedad del conocimiento de hoy los grupos oligárquicos utilizan los medios y las estructuras de la comunicación, de la escuela y de la cultura para defender y reforzar sus propios privilegios, manipulando la historia unilateralmente.

Muchos indicadores sociales, culturales, económicos, revelan que el futuro es inevitablemente preocupante. Los problemas no se podrán superar esta vez con maniobras tendentes a mantener el status quo: requieren cambios radicales fruto de reflexiones y de proyectos comunitarios y sostenibles pensados para el futuro.

Hoy el dolor del mundo, el sufrimiento humano y el sufrimiento ecológico se han convertido en desafíos sociales, culturales, económicos, étnicos y religiosos. Es el contexto para una teología y un diálogo entre las culturas y las religiones en que sea respetado el dominio de la diversidad. Son necesarios, sin

duda, la pasión política, el voluntariado, la tensión ética, pero sobre todo es necesario buscar la justicia.

Cierro esta larga intervención con un deseo de paz y de integración en el futuro próximo, con los jóvenes y los menos jóvenes todos juntos para construir un mundo mejor.